

RICHARD I. PERVO

**PABLO DESPUÉS
DE PABLO**

CÓMO VIERON LOS PRIMEROS CRISTIANOS
AL APÓSTOL DE LOS GENTILES

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2012

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Francisco J. Molina de la Torre sobre el original inglés
The Making of Paul: Constructions of the Apostle in Early Christianity

- © Fortress Press 2010, an imprint of Augsburg Fortress
Box 1209, Minneapolis MN 55440
- © Ediciones Sígueme S.A.U., 2012
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1766-6
Depósito legal: S. 468-2012
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	9
Introducción	17
1. Pablo se convierte en libro	49
2. Las cartas paulinas pseudoepígrafas	107
3. Pablo y la tradición epistolar en el cristianismo primitivo ..	197
4. Pablo en la narrativa	245
5. Otros representantes del antipaulinismo	301
6. Pablo como objeto de interpretación: de Marción a Ireneo ..	319
Conclusión	363
 <i>Apéndices</i>	
La recepción de Pablo	379
Abreviaturas	383
Bibliografía	389
Índice de fuentes	419
Índice de autores	437
Índice general	443

PRÓLOGO

Este libro podría ser considerado un comentario de uno de los pasajes de la correspondencia paulina de los que más se ha abusado (1 Cor 9, 19-22)¹, que dice:

¹⁹ Siendo como soy plenamente libre, me he hecho esclavo de todos, para ganar a todos los que pueda. ²⁰ Me he hecho judío con los judíos, para ganar a los judíos; con los que viven bajo la ley de Moisés, yo, que no estoy bajo esa ley, vivo como si lo estuviera, a ver si así los gano. ²¹ Con los que están sin ley, yo, que no estoy sin ley de Dios, pues mi ley es Cristo, vivo como si estuviera sin ley, a ver si también a estos los gano. ²² Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles. He tratado de adaptarme lo más posible a todos, para salvar como sea a algunos.

Este fragmento retórico cuidadosamente formulado (el clímax del argumento de Pablo, según el cual la esencia de la libertad radica en la posibilidad de renunciar a lo merecido) remite a los límites o fronteras de su estrategia misionera. El apóstol no podía «hacerse judío», porque *era* judío². Las concesiones a la Torá se limitarían a aquellas circunstancias en las que no hubiera un grupo considerable de creyentes gentiles; con los débiles estaba dispuesto a adaptar su propia conducta, como una táctica circunscrita a algunos casos³. Con

1. Por citar un ejemplo, Hch 16, 3, que narra la circuncisión de Timoteo en aparente contradicción con Gal 5, 11, es defendido recurriendo a 1 Cor 9 por, entre otros, Witherington III, *The Acts of the Apostles*, 476. Fitzmyer, *Acts of the Apostles*, 575s, se inclina a aceptar la historia, pero evita apelar a 1 Corintios, mientras que Barrett, *Acts II*, 760s, prefiere rechazar el relato. [N. del ed.: las referencias completas de autores, libros y artículos se encuentran en la Bibliografía final].

2. Pablo no afirma que «se hizo griego para los griegos» ni «fuerte para los fuertes».

3. Un ejemplo que encontramos a mano es 1 Cor 8, 13: «Por tanto, si tomar un alimento pone a mi hermano en ocasión de pecar, jamás tomaré ese alimento, para no ponerlo en peligro de pecar».

el paso del tiempo, Pablo se convertiría en algo así como todo para todos: gentil para los gentiles, pecador para los pecadores, gnóstico para los gnósticos, radical para los radicales, conservador para los conservadores... El objeto de este libro es describir cómo este apóstol proteico terminó por adoptar tales formas.

En algún momento de los primeros años de la cuarta década del siglo I d.C., un tal Pablo, un judío grecoparlante de la Diáspora que pertenecía al partido fariseo, experimentó una notable transformación. Hasta entonces oponente de la gente que seguía a Jesús de Nazaret, se unió a ese grupo y se convirtió en misionero del mundo gentil. Como parte de su actividad misionera, de vez en cuando Pablo compondría cartas, algunas de las cuales han llegado a nosotros. Este legado le convierte en alguien excepcional, pues es el único cristiano de las dos primeras generaciones cuyo testimonio en primera persona se conserva, el único ejemplo anterior a Ignacio, un obispo de Antioquía ejecutado en Roma en el primer tercio del siglo II.

Las percepciones y las opiniones, los prejuicios y las conclusiones, las actitudes y las convicciones sobre el Pablo misionero del cristianismo primitivo son tan abundantes como las agujas de un pinar, pero existe probablemente un aspecto acerca del cual coincidiría de buena gana la mayoría de los admiradores posteriores de Pablo, de sus detractores y de aquellos que no le conocen: el Pablo histórico no era «todo para todos». Hay personas de esa ralea, la más famosa de las cuales goza de la clase de inmortalidad que solo la ficción puede otorgar: Polonio. Acercándonos a la época de Pablo, la comunidad que compuso los manuscritos del mar Muerto poseía una fórmula propiamente escriturística para este tipo de gente: los que «buscan interpretaciones fáciles»⁴. Siempre habrá entre nosotros quienes busquen interpretaciones fáciles, en ocasiones reconciliadores, otras veces aduladores, empalagosos manipuladores o astutos dispensadores de aceite sobre las aguas agitadas. De todas las acusaciones formuladas contra Pablo, la menos probable es que dijera exclusivamente lo que otros deseaban escuchar, lo que no significa que no circulase dicha crítica (cf. Gal 5, 11).

4. Por ejemplo, cf. Documento de Damasco 1, 18; cf. García Martínez (ed.), *Textos de Qumrán*, 80. La autoridad bíblica es Is 30, 10.

Nadie se acerca a Pablo en lo que se refiere a su influjo sobre la teología y la historia del cristianismo. Quienes prefieren los enfoques cuantitativos pueden advertir que de los veintisiete escritos que engloba el Nuevo Testamento, trece son cartas atribuidas a Pablo, mientras que un decimocuarto (Hebreos) debe su puesto a su asociación con él. El influjo paulino de uno u otro tipo puede descubrirse al menos en tres de las cartas restantes (1-2 Pedro, Santiago), mientras que su praxis epistolar influyó en la preponderancia de este género (Judas, posiblemente 2-3 Juan, y muy probablemente Apocalipsis). Pablo es el personaje principal de Hechos, la obra más extensa del canon neotestamentario, mientras que su pensamiento incidió en los evangelios de Mateo (de modo negativo) y Lucas (de forma positiva). Únicamente Marcos y Juan quedan al margen de la órbita paulina –aunque habría razones para ver un influjo indirecto en Marcos–. A nadie se menciona más que a Pablo en la literatura cristiana del siglo II llegada a nosotros⁵. El resultado último de esta influencia es el siguiente.

Pablo es uno de los *héroes* principales de la vida, la fe y la historia cristianas. Es también un *villano*, digno de ser comparado con Judas. Por último, es el arquetipo de *víctima*, equiparable a Jesús. Muchos de aquellos que rinden homenaje a Pablo como su héroe, también disfrutan con su victimización, una idea que ha desempeñado una función primordial en la exégesis paulina del último siglo y medio. El papel de villano, por su parte, conserva gran vitalidad. Muchas personas han hecho una considerable inversión en Pablo, ya sea como villano o como víctima. Cualquier estudioso de los primitivos relatos populares puede confirmar que las víctimas y los villanos tienden a ofrecer buena propaganda o a crear un melodrama. Como categorías científicas son algo deficientes. Pocos aceptarían la siguiente caricatura en una versión tan tosca, pero posee ingredientes que siguen atrayendo a la exégesis y a la interpretación popular. Todavía estaba en boga cuando comencé mis estudios de doctorado en 1971.

En algún momento, probablemente en torno a finales del siglo I d.C., las cartas de Pablo fueron reunidas en una colección que circuló entre los creyentes. Por qué ocurrió tal cosa es, saqueando Ef 5, 32, un gran misterio (cf. cap. 1). A su debido tiempo, Marción, el único cristiano del siglo II que realmente comprendió a Pablo (aunque de

5. Lindemann, *Paulus im Ältesten Christentum*, 15.

hecho lo malinterpretara), adquirió los derechos de la herencia paulina (cf. cap. 6). En los círculos ortodoxos el apóstol quedó desacreditado, siendo en última instancia validado merced a una profunda revisión del corpus de sus escritos y de su teología, así como gracias a su aparición en el libro de Hechos. A todos los efectos Abrahán quedó sin legítimo heredero, pues el paulinismo de Ireneo y sus sucesores no era más que la descendencia bastarda de una concubina.

Trece siglos después, en la época de la Reforma⁶, el verdadero Pablo salió de entre los escombros acumulados durante los periodos patrístico y medieval. Así, al menos para los historiadores de la interpretación protestantes, la tarea consistió en explicar por qué los exegetas anteriores no habían comprendido a Pablo. Desde la Ilustración, se ha sabido que incluso el Pablo canónico es una criatura híbrida. Johann S. Semler (1725-1791) y Ferdinand C. Baur (1792-1860), entre otros, demostraron que no es posible establecer una clara distinción entre la Escritura y la Tradición⁷. La Escritura es en sí producto de la Tradición y recoge cartas paulinas que Pablo no escribió. El verdadero Pablo ha de ser descubierto en las circunstancias históricas y contingentes de sus siete cartas auténticas –si bien no en su integridad⁸–, con más o menos añadidos de Hechos. Pablo, al igual que su Señor, no fue traicionado por enemigos externos, sino del círculo de sus propios discípulos, quienes traicionaron su teología mientras preparaban cartas en su nombre, así como otros textos relacionados con él.

Ahora bien, aunque en esta caricatura hay, con matices, bastante de cierto, adolece de errores. El impacto doble del ecumenismo cristiano y el posmodernismo ha puesto en tela de juicio la pretensión de elaborar una interpretación atemporal y definitiva de Pablo. Ni siquiera

6. Los más sofisticados dirían «Renacimiento» y apuntarían a la obra de Erasmo y de figuras como John Colet, el deán de san Pablo, los cuales se centraron en el texto de las epístolas paulinas más que en la historia de su interpretación.

7. El estudioso jesuita Richard Simon (1638-1712) ya había planteado esto anteriormente, presentado argumentos de peso. No fue acogido en su propia tradición y también lo rechazaron muchos protestantes. Semler mostró que el canon del Nuevo Testamento era el resultado de un proceso histórico más que una entidad unitaria. Baur adoptó la tesis de Semler e identificó una serie de escuelas de pensamiento en el cristianismo naciente que competían entre sí. Subrayó que los historiadores debían contemplar las fuentes a la luz de las cuestiones y de las interpretaciones fundamentales presentes en el momento de su composición.

8. Cf. Tabla 2, *infra*, 46.

ra en el grupo principal de intérpretes tradicionales y occidentales reina el consenso en torno al núcleo de la teología de Pablo, y esta tradición ya no puede reivindicar la objetividad o una autoridad exclusiva. Las páginas siguientes tienen por objeto perfilar la figura de Pablo y el paulinismo a la luz de las necesidades, interrogantes y valores de las personas, grupos y movimientos reflejados en los distintos textos. En concreto, describiré cómo Pablo se convierte en un pilar, e incluso en *el* pilar del cristianismo católico, que yo considero la naciente «gran iglesia» del periodo que va del 150 al 250 d.C. y después. Para llevar a cabo esta tarea, Pablo (al igual que Jesús) debía morir.

El libro canónico de los Hechos relata en el capítulo 9 lo que se denomina la conversión de Pablo. Esta narración incluye las señas tradicionales que están presentes en la derrota y la conversión de aquel que se resiste a la voluntad divina, presentando el acontecimiento como una epifanía, una manifestación de la luz celestial. La forma de esta presentación resulta bastante apropiada, pues el resultado de tal transformación supuso un estallido. El mundo no ha sido el mismo desde entonces; aquella explosión aún nos afecta y su eco todavía resuena, tanto en ambientes conocidos como en extraños. La cuestión de quién era y es Pablo ha recibido diversas respuestas, algunas de las cuales se reflejan en el Nuevo Testamento. A menudo se oye que los vencedores escriben la historia. Esa es una importante verdad a medias, o más que una verdad a medias, pero no es la verdad completa⁹. Resulta más pertinente decir que los historiadores gozan de una enorme bendición, la ventaja de la retrospectiva, y de una maldición angustiosa, la desventaja de la retrospectiva. Conociendo los resultados, los investigadores son propensos a rebuscar en los datos sus causas. En ese proceso se pasan por alto muchas cosas. Un rasgo de este libro es que presta atención a algunas de esas cosas que han pasado desapercibidas sin perder de vista el panorama general.

Tal como lo conocemos, el Nuevo Testamento refleja en buena medida el influjo del cristianismo paulino tanto en sentido favorable como hostil. Las formas de cristianismo que triunfaron en última instancia eran grecoparlantes y gentiles en su orientación. En el canon del Nuevo Testamento, compuesto enteramente de documentos

9. Una excepción es la tradicional historia popular de la Guerra de Secesión estadounidense. Cf. Pervo, *Dating Acts*, 56s.

escritos en griego¹⁰, solo aparecen algunas huellas menos expresas de «cristianismo judío» y de «judeocristianismo», es decir, de movimientos más estrechamente vinculados con la observancia tradicional judía. Ello no significa que la imagen de Pablo que brota de los textos neotestamentarios sea la que Pablo hubiera pintado, en absoluto.

Las imágenes de Pablo que surgen en el cristianismo primitivo (y posteriormente) no nacieron del interés por preservar la historia en beneficio de los investigadores posteriores. Pretenden ocuparse de los problemas de aquellas iglesias en su propia época. En esta empresa descubrieron que las cartas de Pablo y sus imágenes eran al mismo tiempo valiosas y desconcertantes. No obstante, sorprendentemente tanto unas como otras subsistieron. ¿Por qué sobrevivieron las cartas que un misionero envió a aquellas iglesias que no podía visitar en persona? La respuesta no es obvia, en absoluto.

Resulta más sencillo comprender el impacto de la misión de Pablo. Muchas de las comunidades creyentes de Asia Menor, Macedonia y Grecia remontaban sus orígenes hasta él. En cualquier caso, Pablo era una figura controvertida, tanto durante su vida como después de ella, y la bendición de los orígenes paulinos resultaba ambigua. La figura canónica de Pablo está modelada, y todavía determinada en gran medida, por el libro de los Hechos. Este, el segundo de dos volúmenes anónimos escritos por un autor tradicionalmente conocido como Lucas, se encuentra en el actual Nuevo Testamento como un puente entre los evangelios y las epístolas¹¹. Al concluir, Pablo había llegado a Roma; allí, aunque en teoría era prisionero, desarrolló una misión sin impedimentos. El documento siguiente no es otro que la carta de Pablo a los romanos. Colocado donde está, Hechos sirve como clave hermenéutica de Pablo, como la pauta según la cual debe interpretarse a Pablo. En ese sentido, puede compararse con las epístolas.

El resumen presentado señala un aspecto de la biografía de Pablo que el autor de Hechos decidió no mencionar: su ejecución por el gobierno romano. Para muchos, este destino resultaba embarazoso. Una lectura superficial de Hechos revela que Pablo, después de su milagrosa conversión, se retiró de inmediato a Jerusalén, donde trató con los apóstoles; que llevó a cabo una misión siempre en contacto

10. Cf. *infra*, 367.

11. Hay que destacar la importancia de «actual», pues con anterioridad a las ediciones impresas del Nuevo Testamento (ca. 1450) el lugar de Hechos variaba.

con los dirigentes de la iglesia jerosolimitana; que su labor comen- zaba, siempre que era posible, en la sinagoga local, y que la misión gentil propiamente dicha se desarrolló solamente tras el rechazo por parte de la mayoría del pueblo judío (rechazos que se repiten en los momentos fundamentales del relato); que Pablo era un orador y tau- maturgo poderoso; y que su teología era bastante coherente con la de Pedro y Santiago. Uno no colegiría, leyendo Hechos, que Pablo estuvo envuelto en un largo conflicto con otros seguidores de Jesús y que las relaciones entre él y Jerusalén a menudo eran tensas. Tam- poco se imaginaría, a la luz de ese relato, que Pablo escribió cartas. No se trata precisamente de la imagen que surge al leer a Pablo, quien da noticia de su conflicto con Pedro, de sus dificultades en la relación con Jerusalén, de las acusaciones de ser incapaz de predicar eficazmente o de llevar a cabo los pertinentes milagros, etc. Estas cartas no permitirían dudar de que Pablo poseía una interpretación teológica particular, la cual con frecuencia discrepaba de las ideas de los demás¹². La divergencia entre Hechos y las cartas no es sino uno de los muchos asuntos complejos que exigen estudio¹³.

Puesto que este libro no pretende ser una monografía exhaustiva, tiene un planteamiento selectivo. El método que rige el trabajo con- siste en centrarse en una serie de obras completas, en vez de realizar un examen fragmentario de un amplio número de textos. La organiza- ción de un estudio de este tipo plantea otro desafío. ¿Deberemos se- guir una estricta línea cronológica o dividir el material por categorías? El planteamiento cronológico permite elaborar algo que se aproxima a un relato continuo. Las estructuras por categorías hacen que podamos comparar manzanas con manzanas. La selección de categorías es problemática y puede exigir una extensa justificación. La geografía es otro elemento que merece atención. Por ejemplo, ¿cómo utilizaba la gente en Roma las cartas y las historias paulinas en el 100, 150 o 175 d.C.? Ninguna solución es la ideal. El camino aquí escogido es mixto. Tras la introducción viene un capítulo que muestra cómo Pablo se convirtió en un libro y continuó siéndolo. Los tres capítulos siguientes se basan en el género –cartas y relatos–, momento en que el método pasa a ser un análisis temático. Este tipo de mezcla también

12. Cf. Tabla 6, *infra*, 203.

13. Cf. Tabla 8, *infra*, 247.

es válido en lo referente al marco cronológico. El estudio temático se cierra en torno al 180 d.C., con la síntesis de Ireneo de Lyon. Se trata de un punto final inteligente. Pero en lo relativo a los géneros, se han traspasado estos límites, ya que es más fácil –aunque potencialmente más engañoso– que los lectores conecten las cartas atribuidas a Pablo y el material referente a él con otros escritos anteriores parecidos. Estos géneros llegan a su fin en diferentes momentos. Todas las opciones suponen componendas y la ausencia de una simetría perfecta. Lo que espero es que la estructura resulte útil para los lectores.

ÍNDICE GENERAL

<i>Prólogo</i>	9
INTRODUCCIÓN	17
Tabla 1: ¿Pablo frente a Jesús?	19
1. Antecedentes (y fundamentos) intelectuales	20
Excursus: La investigación sobre el legado paulino	25
2. En última instancia, Pablo... ..	26
a) El apóstol	33
b) Evangelista del mundo entero	34
c) Pecador redimido	37
d) Sufriente y salvador	39
e) Pablo el maestro	43
3. Conclusión	44
Tabla 2: Cartas atribuidas a Pablo en la iglesia primitiva	46
1. PABLO SE CONVIERTE EN LIBRO	49
1. ¿Qué es una carta?	50
2. Colecciones de cartas	52
3. La colección de las cartas de Pablo	55
Tabla 3: El orden de las cartas paulinas en diversas fuentes	57
a) La circulación de las cartas de Pablo	60
1. La dirección de Efesios	62
2. La dirección de Romanos	62
3. La dirección (y el contenido) de Gálatas	66
4. La dirección de 1 Corintios	67
Excursus: el número siete	70
b) Teorías de la división	71
1. Corintios	72
Tabla 4: Orden de los fragmentos epistolares en 2 Cor	75
2. Filipenses	80

c) Interpolaciones y glosas	83
Tabla 5: La fuente de 1 Cor 14, 34	85
d) Supresiones	93
4. La formación del corpus paulino	97
2. LAS CARTAS PAULINAS PSEUDOEPÍGRAFAS	107
1. La Carta a los colosenses	109
2. La Carta a los efesios	119
3. La segunda Carta a los tesalonicenses	130
El relato de 2 Tesalonicenses	135
4. Las epístolas pastorales: 1-2 Timoteo, Tito	139
La historia de las Pastorales	142
5. La tercera Carta a los corintios	160
6. La Carta a los laodicenses	174
7. La Carta a los alejandrinos	181
8. La correspondencia entre Pablo y Séneca	182
9. Conclusión	193
3. PABLO Y LA TRADICIÓN EPISTOLAR EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO	197
1. La Carta a los hebreos	198
2. La Carta de Santiago	201
Tabla 6: Pablo y Santiago	203
3. La primera Carta de Pedro	205
4. La primera Carta de Clemente	208
1 Clemente 5	214
Tabla 7: Pedro y Pablo en 1 Clemente	215
5. Ignacio de Antioquía	219
6. Policarpo de Esmirna	229
7. La segunda Carta de Pedro	235
8. Dionisio de Corinto	238
4. PABLO EN LA NARRATIVA	245
Tabla 8: Pablo: cartas frente a Hechos	247
Tabla 9: Las «pasiones» de Jesús en Lc y de Pablo en Hch ...	252
1. Los <i>Hechos de Pablo</i>	256
Tabla 10: Sinopsis de <i>Hechos de Pablo</i>	260
2. La <i>Epistula Apostolorum</i>	268
3. Los <i>Hechos de Pedro</i>	271
4. Los <i>Hechos de Bernabé</i>	277
5. Los <i>Hechos de Tito</i>	281
6. Jantipa	281

7. Los apocalipsis	286
8. Las pseudoclementinas	290
9. Conclusión	298
5. OTROS REPRESENTANTES DEL ANTIPAULINISMO	301
1. Silencio en torno a Pablo	301
2. Mateo	302
3. Hegesipo	307
4. Otros que guardan silencio en torno a Pablo	308
6. PABLO COMO OBJETO DE INTERPRETACIÓN: DE MARCIÓN A IRENEO	319
1. Marción de Sínope	323
2. Pablo entre los «gnósticos»	332
Excursus: Principales fuentes de la gnosis	334
Tabla 11: Alusiones a las cartas de Pablo en el <i>Evangelio de la Verdad</i>	341
3. Ireneo de Lyon	351
CONCLUSIÓN	363
Fin: en el principio	371
<i>La recepción de Pablo</i>	379
<i>Abreviaturas</i>	383
<i>Bibliografía</i>	389
<i>Índice de fuentes</i>	419
<i>Índice de autores</i>	437